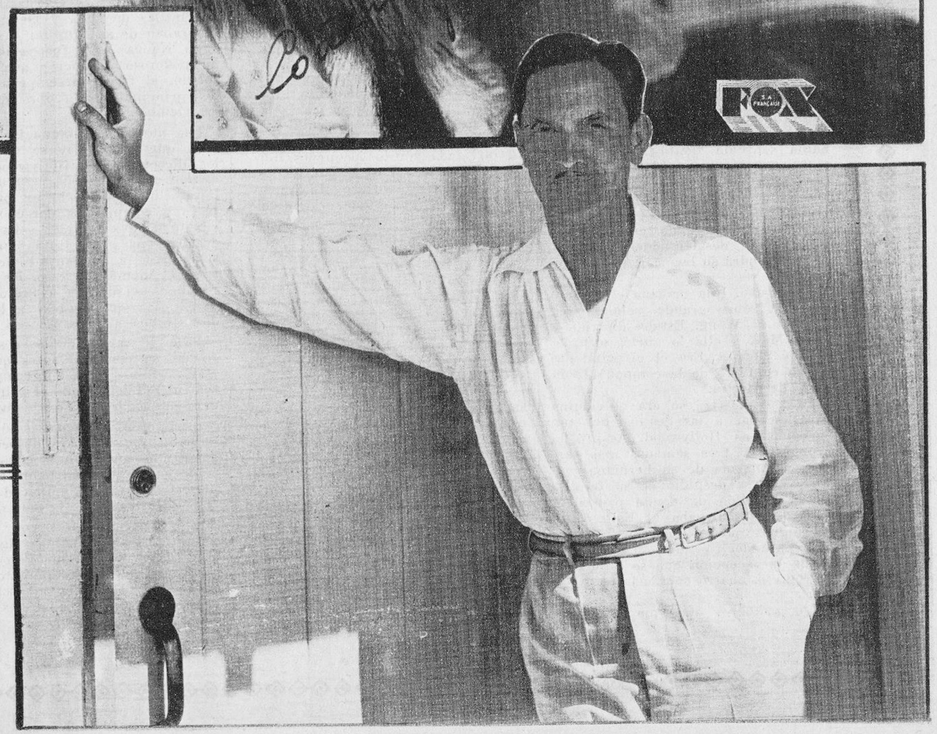
JUEVES CINEMATOGRÁFICOS DE El Día Gráfico — NÚMERO 265 — 16 Febrero 1933

Clara Bow, intérprete de «Sangre roja», de la Fox, durante su estancia en Paris, nos ha dedicado la adjunta foto



Fredric March, «estrella» de la Paramount, acostumbra pasar las vacaciones en su linda playa de Laguna

«Sea usted bien venido», es el saludo con que, desde que aprendieron cuatro palabras en castellano, reciben Gary Grant y Randolph Scott, artistas de la Paramount, a sus visitantes

ACTRICES EXOTICAS

Anna May Wong, la muchacha china que no nació en China

Una muchachita que todos creen que es china se ha convertido en estrella de Hollywood, pero tuvo que ir a Europa para conseguirlo.

Anna May Wong es esta muchacha, la Anna May Wong que pasó los primeros años de su vida viviendo en la lavandería de su padre. Las únicas personas que la despidieron cuando partió para Alemania fueron los los miembros de su familia, pero cuando regresó a Hollywood, encontróse, dándonle la bienvenida entusiasta, una multitud de gente del cine, de repórteres y fotógrafos.

Para saber quién es Anna May, debemos remontarnos varios años atrás, al casamiento de sus padres. Su padre vivía en Sunning, Cantón (China), y su madre venía del Norte de China, cerca de Peiping. Inmediatamente después de su casamiento, emigraron a Los Angeles, donde Wong esperaba seguir los pasos de sus antepasados en la busca de la sabiduría.

Sin embargo, una serie de circunstancias imprevistas lo obligaron a abandonar sus estudios y hallar un medio de vida pocos años después de su llegada. Wong no tardó en descubrir que Norte América ofrece tres alternativas para los chinos que desean ganarse la vida. Podría ser obrero, criado o lavandera.

Wong eligió esto último. Encontró una casa grande en el barrio chino de Los Angeles, arregló dos piezas para el lavadero y el resto de la casa para ser habiatda por su familia. Fué aquí donde nació Anna May, la tercera hija, y donde vivió los años de su niñez hasta la culminación de su fama en el cine.

Los Wong tienen siete hijos, todos los cuales, poco después de su nacimiento, recibieron nombres ingleses apropiados para simplificar su vinculación social, excepto la hija mayor, que prefirió su nombre chino: Ying. Anna May, cuando nació, fué bautizada con el nombre de «Sauce Escarchado Amarillo». Los otros chicos son Jaime, María, Francisco, Rogelio y Ricardo.

Anna May es una típica muchacha norteamericana desde el punto de vista de su independencia, educación y confianza en sí misma. Pero se siente extraordinariamente orgullosa de su ascendencia china, como también de la forma en que fué educada en su severo hogar chino, de acuerdo con muchas de las costumbres del país de sus padres.

Fieles a estas tradiciones, el señor y la señora de Wong enseñaron a sus hijos a obedecer, a ser corteses, abnegados y estudiosos. En la intimidad del hogar usaban los hermosos trajes de seda de la tierra que nunca habían visto, aunque sus uniformes de colegio eran de lana y algodón.

Anna May recuerda sus días de escuela como un largo episodio de trabajos serios y estudios constantes. Asistía al colegio público de Los Angeles. Pero no se le permitía jugar con sus amigas norteamericanas después de las horas de clase. Esto era debido a que tenía que irse apresuradamente a su casa, cambiar sus libros ingleses por chinos y asistir a una clase de tres horas en un colegio particular.

Muchas veces Anna May y sus hermanas protestaron por los excesivos estudios y trabajos. ¿Por qué tenían que aprender a hablar y escribir el chino? ¿Qué utilidad les reportaría? Su padre les replicaba, simplemente, que deseaba que sus hijos supiesen el idioma de sus antepasados.

—Me alegro mucho ahora de que papá haya insistido en que estudiásemos chino — dice en la actualidad la encantadora actriz—. Si no lo hubiese hecho, hubiera ignorado muchas de las bellezas que tiene la vida. Conozco ahora la sabiduría y filosofía de mi gente por mis conocimientos de su idioma. Papá sabía lo que nos esperaba. ¡Qué sabio ha sido!

El jefe de la familia Wong nunca fué adicto a las vacaciones, y los chicos siempre asistían a un colegio durante el verano. Por consiguiente, cuando Anna May ingresó en la escuela secundaria, era la alumna más joven del instituto y puede decirse que también la más lista.

El estudio del piano fué sumado a la lista de las severas materias que tenía por delante, dejándole poco tiempo para soñar con su secreto anhelo de ser actriz.

Este deseo databa de varios años, a raíz de una fiesta china del Año Nuevo, cuando tenía seis años y su padre llevó a la familia por primera vez al cine.

—Hasta el día de hoy recuerdo detalladamente las películas que dieron esa noche a cinco centavos por persona — declara la señorita Wong. — Dieron una serie con Perla White, de intérprete, y otra con Eddie Polo. Después una comedia Keystone y, finalmente, un melodrama que me dió pesadillas durante una semana.

Durante el tercer año de sus estudios, Anna May sufrió una crisis nerviosa. El médico de su familia le recetó descanso bajo el sol, fiel a las tradiciones de su raza, que creen que el sol cura muchos males. Durante varias semanas Anna May vagó por las playas y parques en busca de salud. Pero se cansó de pasar largas horas sentada sin hacer nada, y le pidió a su primo, Jaime Wong, actor de cine, que la llevara al estudio. Jaime consintió, siempre que hubiera una escena al aire libre, de modo que Anna May no se viera privada del sol. Aclaremos esto era antes que en los estudios fuesen tan poco benévolos con los visitantes.

Durante el tiempo en que Jaime estuvo filmando una película del Oeste para la Universal, Anna May conoció a un hombre buen mozo, de simpática sonrisa. Se le acercaba varias veces durante el día y sostenía con ella breves conversaciones. El hombre era Marshall Neilan, en esa época uno de los mejores directores de Hollywood. Fué por él, en gran parte, que la vida de Anna May cambió súbitamente de rumbo y se encontró actriz de cine y en poco tiempo más conocida que su primo Jaime.

Hubo bastante consternación en el hogar de los de Wong cuando Anna May volvió una noche y les comunicó el ofrecimiento que le había hecho Neilan para que tomara parte en la película «Dinty», que estaba por empezar.

Wong y su esposa estuvieron levantados esa noche muchos después que sus hijos se hubieron retirado a dormir, dicutiendo el ofrecimiento bajo todos los aspectos. Sabían que ella obraría de acuerdo con su decisión si ellos objetaban la menor oposición para su ingreso en el cine. Pero, ¿sería justo quitar a su hija esa oportunidad?

A la mañana siguiente Wong llamó a su hija y le dijo:

—No les tengo mucha fe a estas cosas del cine. Sin embargo, los hombres de posición más honrosa en China son todos actores. Si llevas a tu hermana para acompañarte y llegar a casa todas las noches a tiempo para la cena, puedes aceptar ese ofrecimiento.

No se imaginaba cuando pronunció esas palabras que en pocos años el nombre de su hija brillaría con luces eléctricas en todos los rincones del mundo.

La primera vez que Anna May posó ante la cámara, sus temores fueron ilimitados; pero muy pronto se sintió tranquila por la bondad de Neilan y sus compañeros de tarea: Wesley Barry, Marjorie Daw, Pat O' Malley y Noah Beery.

«Dinty» colocó a la muchacha en el camino del éxito. No bien fué dada a conocer al público, se vió acosada por los ofrecimientos de directores de distintos estudios. Durante más de un año estuvo constantemente ocupada y su sueldo fué aumentando continuamente.

Estaba ganando ya fácilmente lo suficiente como para sacar a su familia del barrio del lavadero, pero aquélla no quiso abandonarlo y Anna May se quedó con ella.

Más adelante firmó un contrato con una compañía que estaba filmando en San Francisco. La empresa no pudo conseguir el dinero suficiente para costear las producciones, pero no quisieron dejar libre a Anna Wong hasta la terminación de su contrato, un año más tarde. Así se vió alejada de la cámara durante un año.

Un año es mucho en el cine, donde

PARA LAS QUE ASPIRAN A «ESTRELLAS»

El tesón, más que la suerte, deciden el triunfo en Hollywood

¡Qué suerte ha tenido! — se dice irreflexiblemente al contemplar las múltiples fotos de Greta Garbo distribuídas en revistas y magazines.

Igual comentario suscitan los artículos sobre Marlene Dietrich, y no hay actriz actualmente famosa que se substraiga a la consabida frasecita. Entre suspiros de admiración y de envidia, las que aspiran a ocupar un puesto en la pantalla y se ven constantemente rechazadas por los empresarios, murmuran también ante la imagen de las favoritas:

¡Qué suerte tiene!

Pero es justo atribuir únicamente al factor suerte la rápida ascensión de las primeras figuras del film?

Mis Chaterton, por ejemplo, da un rotundo desmentido a esta quimera. Diariamente acudía a los estudios donde salía con la invariable respuesta: — Nada hay para usted, por el momento, señorita.

Con la sonrisa en los labios cerraba la puerta para volver uno y otro día sin descorazonarse ante la espera. No tenía experiencia alguna de la escena pero sentíase con fuerzas de actriz. Poco a poco conquistó un nombre y una posición.

Tampoco Norma Shearer estaba especialmente dotada para conquistar de un salto la fortaleza de Hollywood. No solamente sus dientes eran mal conformados y sobresalientes, sino que al mirar mostraba cierto estrabismo. Las piernas imperfectas sostenían mal, cuerpo tan juvenil. Un gran director, Griffith, le declaró, sin miramientos, que sus ojos azules no eran fotogénicos, y agregó, sin consideraciones de ningún género:

—¿Por qué insiste en dedicarse al cine si no sirve?

Nada respondía la joven, pero su trabajo encarnizado, su lucha constante, su astucia para tratar con los «ases» de la producción peliculera triunfaron de todas las dificultades, llevándola a la insospechada altura que hoy ocupa.

Otro tanto aconteció a Gloria Swanson, de quien escribió Andrés Mangé: «Mirando al pasado, Gloria recuerda los obscuros años de su iniciación en la carrera, sin descanso, devorada por incesante trabajo, por la necesidad de hacer una sabia publicidad en torno a su nombre, por el tormento de hacer frente a mil dificultades, pagar deudas, preocuparse de hallar medios para hacerse aplaudir y agradar al público.»

Y si en la mitad de su carrera, Marlene Dietrich ha tenido la suerte de ser creada por Sternberg, ¡cuántos años no ha debido pasar en la sombra defendiendo simplemente un puesto en la pantalla!

Los jóvenes que aspiran a estrellas de cine, sean cuales fueren sus condiciones naturales, no deben fiarlo todo a la suerte. Es preciso hallarse preparada para recibir sus dones.

Grandes celebridades de mañana se incuban silenciosamente en la penumbra de hoy, donde trabajan tenazmente, se instruyen, adquieren las condiciones requeridas para triunfar. Ignoradas por muchos, surgirán de pronto en plena eclosión, después de esa lenta marcha en el camino del prefeccionamiento necesario. ¿Deberá llamarse suerte al éxito que acompañe su florecimiento? De ningún modo, puesto que es obra exclusiva de su paciente estudio, de su perseverancia, de los sacrificios impuestos a su juventud con el fin preconcebido de «llegar».

Constance Bennet, Ruth Chatterton, Norma Shearer, Gloria Swanson, Marlene Dietrich, son nombres qut no brillaron repentinamente, como por obra de magia. Los milagros no se realizan en favor de la gloria. Su trama va tejida hilo a hilo, con infortunios y trabajos.

La siempre perfecta Ruth Chatterton no olvida jamás que a los diez y siete años debía ganar la propia subsistencia y la de su anciana madre, lo cual no era obstáculo para que pacientemente golpeara las puertas de empresarios y directores de films, con una constancia finalmente recompensada con toda justicia.

Las aspirantes a estrellas tiene en ello una sabia lección. No se desanimen tampoco si ante el espejo no ven retratados los atractivos de sus actrices favoritas.

Las figuras culminates de la pantaca del cine.

lla fueron niñas y jovencitas comunes. Igualmente que vosotras, vivían en familia, trabajaban en comercios, oficinas y talleres o frecuentaban academias de bailes, sin demostrar nada de paritcular. Si con el tiempo obtuvieron personalidad destacada y un encanto casi siempre fascinador lo debieron pura y exclusivamente a su voluntad fuerte, a su habilidad para sacar partido de sus cualidades naturales y aún de sus defectos.

Gracias a la consciente observación de sí mismas y a la aplicación tesonera impuesta con el fin de corregirse, adaptarse, imitar buenos modelos, rechazar con energía cuanto se opusiera a sus planes, aún sacrificando gustos y comodidades personales, conquistaron fama, belleza y distinción.

Los comienzos de todas ellas fueron difíciles, trágicos en ocasiones. Algunos, como Clara Bow, llegaron a la fama ayudadas por el veredicto en un concurso de belleza; otras deben su ascensión al hecho de haberse encontrado en California a hora oportuna, tales Anita Page y Sue Carol; las hay que contrajeron enlace con un director de escena, como Florence Vidor y Dolores del Río, pero se cuentan muchísimas en cambio que estuvieron al borde de morir de inanición en un estrecho y helado cuartito, empapelado con los retratos de las actrices admiradas: Dorothy Sebastian y Anna Q. Nilsson, por ejemplo.

Las que subieron de golpe forman excepción.

Muchas fueron descubiertas después de largos años de anónimo trabajo o de escasa figuración, hasta el día en que se les dió un papel de acuerdo con su talento para poder lucirse: tales Betty Compson y Evelyn Brent. La última, no quiere jamás hablar de su debut.

Debemos reconocer a los norteamericanos el talento de poseer una especie de «ojo clínico» en la adivinación de virtudes para la pantalla. Es así cómo de la noche a la mañana lanzan nombres desconocidos que no tardan en conquistar el entusiasmo público del orbe.

Hasta el aspecto de la «vedette» ha cambiado fundamentalmente, borrando toda memoria de la principiante modesta que actuaba en papelitos sin imporatncia, tímida y borrosa.

Ha modificado el arco de sus cejas para dar a los ojos en complicidad con las pestañas, nuevas o postizas, una mirada cautivante.

Luce el cabello de tinte más suave o más sombrío en conformidad con el rostro, y su peinado es obra maestra de armonía.

La cintura y el busto se presentan embellecidos. Con ejercicios inteligentemente dirigidos ha conseguido hacer más firmes los músculos de brazos y piernas. Un poco de danza acrobática dió elasticidad a su marcha, redondez a sus rodillas.

Finalmente, se ha vestido a la joven con toilettes que obedecen menos al imperativo de la moda que a la preocupación de poner en evidencia las líneas del cuerpo, subrayando los encantos para velar pequeños defectos, si los hubiera.

Semejante metamorfosis de nada servivrá, ciertamente, si la debutante no posee las condiciones requeridas para interpretar personajes de cine, para libertarse de trabas y expansionar su personalidad.

En América del Norte, los fotógrafos, los «maquilleur», los profesores de estética y de belleza, son más sabios que en ninguna otra parte del mundo. Saben utilizar los recursos más pobres de una fisonomía para construir una belleza.

En Hollywood saben lanzar una «vedette», embellecerla, guiarla, y cuando una compañía la incorpora mediante un razonable contrato no se desprende de ella si las estadísticas no prueban hasta la evidencia que es incapaz de «atraer público» en ninguna región de la tierra.

Una mujer capaz de convertirse en intérprete inteligente y sensible, que sabe personificar la obra de los autores, y que además posee coraje, talento y voluntad para abrirse camino, triunfará siempre en la Me-

COSTUMBRES DE LAS «ESTRELLAS» DE CINE

EL MATRIMONIO Y LA MATERNIDAD

Una de las mentiras convencionales más comunes entre las actrices de cine es la de su estado civil.

Muy pocas confiesan el suyo o se cuidan de ocultar celosamente al marido, cuando lo tienen y no es una celebridad reconocida.

Nominalmente, todas las «estrellas» de Hollywood son solteras, pues todas se anuncian como «miss», pero es muy frecuente que un inoportuno proceso de divorcio descubra repentinamente al ignorado esposo de una ingenua a quien su contrato cinematográfico prohibía terminantemente el matrimonio, o al de alguna alegre matrona desde largo tiempo considerada «viuda verde», como llaman allí a las divorciadas.

Fué Marie Prevost quien inició esta moda de los matrimonios secretos. En el año 1918 la entonces joven «estrella» Marie Prevost conoció, en una fiesta, al marino H. C. Gerke. Simpatizaron. La noche festival invitaba a las dulces aventuras amorosas, y, como si estuvieran impresionando alguna película, antes del amanecer, un amable pastor los había unido en lazo matrimonial.

Con la luz de la mañana vino la reflexión y María, considerando perjudicial para su fama aquel súbito matrimonio, dijo a su recién adquirido esposo algo por este estilo:

—Mira, desde ahora en adelante vendrás cuando yo te llame y te irás en cuanto te lo diga. Para todo el mundo yo sigo siendo una muchacha soltera y tú te guardarás muy bien de contar a nadie nuestra aventura de esta noche.

Durante cuatro años Marie Prevost fué, casi constantemente, acompañada en fiestas de toda índole por un joven marino llamado H. G. Gerke. Se le consideraba uno de los más fieles admiradores de la entonces famosa «estrella», cuando era en realidad su marido.

Y así vivieron hasta el año 1923, en que el marino resolvió solicitar el divorcio, cansado de representar el ingrato papel de marido fantasma.

De entonces hasta nuestros días el hecho se ha repetido en muchísimas ocasiones.

Cuando Sue Carol empezó a brillar entre las constelaciones de Cinelandia, en 1927, creíasela una novia de primera instancia al anunciar su compromiso matrimonial con Nick Stuart. No tardó en saberse que la joven actriz había dejado un marido en Chicago.

Hubo, pues, de divorciarse de Alan H. Keefer antes de contraer enlace con Nick. Mantuvo igualmente secreto, durante un año, el nuevo matrimonio.

¿Hábito o capricho? De todo hay.

Aileen Pringle logró mantener diez años su título de soltera en la Meca del cine. Su marido, Charles Pringle, residía en Jamaica, y un buen día se resolvió a buscar la compañía que le negaba su legítima consorte.

El decreto de divorcio aparecido en los periódicos descubrió el estado civil de la bella Aileen, a quien todos sus amigos tenían por soltera.

Como frecuentemente se camufla de nombre en Hollywood, es muy fácil el engaño. El seudónimo glorioso de la estrella encubre el anónimo de esposa, y solamente la ley tiene facultades para identificarla.

Entre muchos ejemplos tenemos a la bella protagonista de «Angeles del infierno», Jean Harlow, una de las más festejadas solteras de Hollywood.

Ocurrió que un señor de Chicago, llamado Charles F. Mc Grew, presentó una demanda de divorcio a la cual se dió bastante publicidad. La suficiente al menos para poner en evidencia que la señora de Mc Grew y Jean eran una misma persona.

Apenas divorciada de su primer esposo, Vladimiro Zoppi, Olga Blacanova comparecía ante el tribunal de Los Angeles por causa de unas diferencias con su agente de publicidad.

—¿Casada?—preguntó el juez.

—¿Es preciso contestar a esa pregunta?

—Absolutamente preciso.

—Yo quería guardar el secreto, pero si no es posible, declaro que estoy casada, desde hace dos meses, con Nicholas Soussanin.

—¿Es que se cotizan mejor las solteras en las bolsa de Cinelandia? Todo parece demostrarlo: desde el interés del público por ellas hasta los entretelones del contrato codiciado. Las grandes empresas imponen sus condiciones a las artistas contratadas y no es la menos frecuente la prohibición de casarse mientras permanezcan en ellas.

Se cuenta esta anécdota de Jean Arthur, enamoradísima de Julián Ancker. Huyeron ambos a un pueblecito para casarse en la mayor intimidad, evitando así todo cuanto pudiera distraerlos en su amor.

Regresaron la misma noche, llenos de felicidad, y la joven estrella quiso mostrar al marido su espléndido contrato cinematográfico. Al leer las primeras líneas palideció intensamente, y exclamó suplicante:

—¡Vete, por piedad, Julián! Has olvidado que el contrato me prohibía casarme...

Obedeció el flamante marido por no destruir el porvenir de la hermosa Jean, pero cinco meses después contaba sus cuitas al tribunal de divorcio que le devolvía la libertad.

Su breve luna de miel transcurrió entre una boda vertiginosa y un divorcio no menos vertiginoso.

También poco después de divorciada del actor Earl T. Montgomery la notable artista de la pantalla Vera Reynolds, fué a París, donde contrajo matrimonio con el también célebre actor Robert Ellis.

No hace mucho que se presentó ante el tribunal de divorcio de Los Angeles una demanda firmada por Claudia D. Offin contra Phillip G. Offin. Estos nombres, totalmente desconocidos, no despertaron el interés de la colonia cinematográfica, hasta que un indiscreto reporter descubrió, tras la modesta inicial, a Claudia Dell, rubia belleza recién trasladada del teatro al cine sonoro.

Los ejemplos pueden multiplicarse hasta el infinito.

Pero es justicia consignar al propio tiempo que el matrimonio no excluye de la gloria ni resta éxitos cuando se trata de dos astros que se unen con el sagrado vínculo del matrimonio. Díganlo, si no, entre otros, estos binomios, admirados por el mundo entero: Carol Lombard-William Powell, Joan Crawford-Douglas Fairbanks (hijo), Vera Reynolls-Robert Ellis, Dolores Costello-John Barrymore, Lilyam Thasman-Edmund Love, Jobyna Raltston-Richard Arlen, Ruth Chatterton-Ralp Forbes, Dorothy Sebastian-William Boyd, Mary Pickford-Douglas Fairbanks (padre), Virginia Valli-Charles Farrell, Sally Eilers-Hoot Gibson, Kay Francis-Kenneth Mc Kenna, Lola Lane-Lewis Ayres, Bebe Daniels-Ben Lyon.

Existe también otra cuestión promotora de dudas y disentimientos entre los aficionados al cine: es lo referente a la estrella-madre.

¿Quita la maternidad alguna virtud a la artista de nuestra predilección? La respuesta es negativa. Basta para corroborarla la simple observación de que muchas figuras máximas de la pantalla tienen hijos.

Madres son: Gloria Swanson, Esther Ralston, Norma Shearer, Bebe Daniels, Eleanor Boardman, Marlene Dietrich, Nancy Carroll, Dolores Costello, Leatrice Joy, Irene Rich, Lita Grey, Florence Vidor, entre varias más, de alto valor en el firmamento del celuloide.

Y es que el talento se sobrepone a todas las trabas y restriciones.

Cuando se impone la personalidad artística de una figura en la pantalla, nada ni nadie tienen el poder de reducirla o disminuir sus proyecciones.

Soltera, casada, viuda, divorciada, madre o sin hipos, son palabras vanas y carentes de significación para ellas. A lo sumo sirven para tejer en torno suyo leyendas y comentarios que, sin proponérselo, sirven de sabroso tema a sus admiradores y motivan más de una polémica entre los fanáticos del cine.

NOTICIAS CORTAS

AL POBRE FATTY LE DECLARAN EL BOYCOT EN INGLATERRA

La Asociación de Directores de Cinematógrafos ingleses ha tomado el acuerdo por mayoría de boycotear por completo las nuevas películas que acaba de producir el pobre Roscoe Aburkle.

Esta es la escueta noticia que acabamos de recibir.

LA INFLUENCIA DEL CINE EN LA MODA

No vamos a hacer ningún descubrimiento si afirmamos que el cine tiene decidida influencia sobre los cortadores de las casas de modas y que en muchas ocasiones los modelos lucidos en la pantalla son poco tiempo después y con más o menos modificaciones, lanzados al mercado.

Lo que ya no es tan corriente es que la indumentaria de un hombre sirva para orientar una moda femenina. Y sin embargo, este es el caso que se ha manifestado con motivo del film «El Robinson moderno», que interpreta Douglas Fairbanks. Un conocido modisto parisiense acaba de lanzar la moda del «sombrero Robinson», que aseguran va a hacer verdadero furor en la próxima primavera.

EL «FILM DAILY» SE OCUPA DE UN FILM DE DISNEY, ESTRENADO EN EL «ROXY»

En su número del 8 de diciembre, el «Film Daily» que es uno de los periódicos cinematocráficos más influyentes, rinde homenaje en su primera página al film de Walt Disney «El Papá Noel», que es una «Silly Symphony» en technicolor, por medio de la pluma de Jack Alicoate, editor y redactor-jefe del mismo, quien se expresa en estos términos:

«Eureka» Me siento cinco años más joven. Los negocios andan mal, es verdad, pero ¿qué importa? ¡Al diablo con la crisis! Nuestra perspectiva de la vida ha cambiado por completo, y todo porque acabamos de ver al mismísimo papá Noel, llevado a la pantalla por este «viejo» maestro Walt Disney como sólo él sabe hacerlo, y tan lleno buen humor, optimismo y alegría como una mañana de Navidad en las viejas plantaciones meridionales del Coronel Alicoate con todos los niños sonando cuernos. Es una perla del género navideño, y sin duda lo mejor que hemos visto. Se llama «El Papá Noel» (Santa's Work Shop) y será devorado por todos los niños de siete a setenta años.

EL PARAISO DE LOS ANIMALES

En Hollywood existe un lugar que se denomina como titulamos estas líneas. Es un conglomerado de corrales y establecimientos donde se aclimatan y crían los animales que dedican especialmente para el cine. El visitante que acude a tan original rincón del mundo se encuentra con las más variadas especies de animales. Desde el cocodrilo hasta el avestruz, pasado por los leones, tigres y camellos.

ANTONIO MORENO ESTABA, HASTA HACE POCO, EN PLAN DE AGRICULTOR

El veterano artista de la pantalla, antes de meterse a dirigir películas, en Méjico poseía unos terrenos sumamente populares que se conocían con el nombde de «Moreno Highlands». Decían que iba a cubrir su retirada del séptimo arte dedicándose de lleno a la explotación de tierras.

---

todos olvidan tan pronto. Anna May regresó a Hollywood ansiosa de maquillarse y empezar a trabajar de nuevo. Los directores y empleados de los estudios la recibieron con los brazos abiertos, pero no le ofrecieron empleo. Durante doce meses trabajó en sólo tres películas: dos comedias y en un papel excelente en «Mr. Wu», con Lon Chaney. Fué ese actor quien le evitó que abandonase por completo su carrera. El éxito le había sonreído fácilmente a Anna, y se encontraba enteramente desprevenida ante este cambio repentino. Fué solamente el estímulo de Lon Chaney que le dió las fuerzas para seguir luchando cuando todo parecía tan desalentador.

—Ya tendrá su buena racha—le decía.

Y la tuvo. Una mañana el cartero dejó un sobre grande, solemne, en la casa de Wong. Estaba dirigido a Anna May, y ella lo abrió, sorprendida y curiosa. Era el ofrecimiento de un contrato de la compañía Echbert, de Berlín.

Para la actriz eso era el camino para escapar a las desilusiones tan conocidas en Hollywood. Aceptó la propuesta y tres semanas más tarde, acompañada de su hermana mayor Ying, se despidió de su familia en la estación de donde partía el tren que las llevaba al Este. Eran los únicos que estaban en la estación para decirle adiós. ¡Qué distinto de la recepción que se le hizo a su regreso, cuatro años más tarde...!

***

Los primeros días que estas dos muchachas chinoamericanas pasaron en Alemania fueron llenos de graciosos incidentes. No sabían una palabra de alemán, y, por consiguiente, experimentaban considerables dificultades con todos aquellos con quienes debían tratar.

Se había escrito un argumento titulado «Tsong» para la cinta inicial de Anna Wong, y comenzó a filmarlo pocos días después de su llegada.

—El primer día en el «set» estaba intrigada por los pequeños libros de cuero que todos tenían, excepto mi hermana y yo—cuenta Anna—. Más tarde descubrí que eran diccionarios alemanes e ingleses que tenían con la esperanza de poder facilitar nuestra conversación. ¡Era el colmo de la atención y de la amabilidad! Decidí, sin embargo, que sería más fácil para una persona aprender el alemán que toda una compañía dominase el inglés. Así fué que tomé un profesor, y a la semana podía recibir órdenes en alemán, si les agregaban suficientes gestos...

«Tsong» fué el comienzo de una ascensión que la señorita Wong aún no ha terminado. Causó sensación en toda Europa. La British Internacional Films la mandó buscar para tomar parte en «Picadilly», bajo la dirección de E. A. Dupont y luego regresó a Berlín para filmar «La mariposa de la calle».

Luego hizo su debut en las tablas en «Círculo de tiza». Londres puso por las nubes a la pequeña actriz. Después de eso comenzó una «tournée» triunfal que la llevó por toda Europa.

Anna May había estado alejada de su hogar tres años, y decidió tomarse unas vacaciones y cruzar las seis mil millas de agua y tierra que la separaban de su familia. A su llegada a Nueva York fué recibida por un poderoso productor que la persuadió, al fin, a desempeñar el papel principal en la obra de teatro «A tiempo».

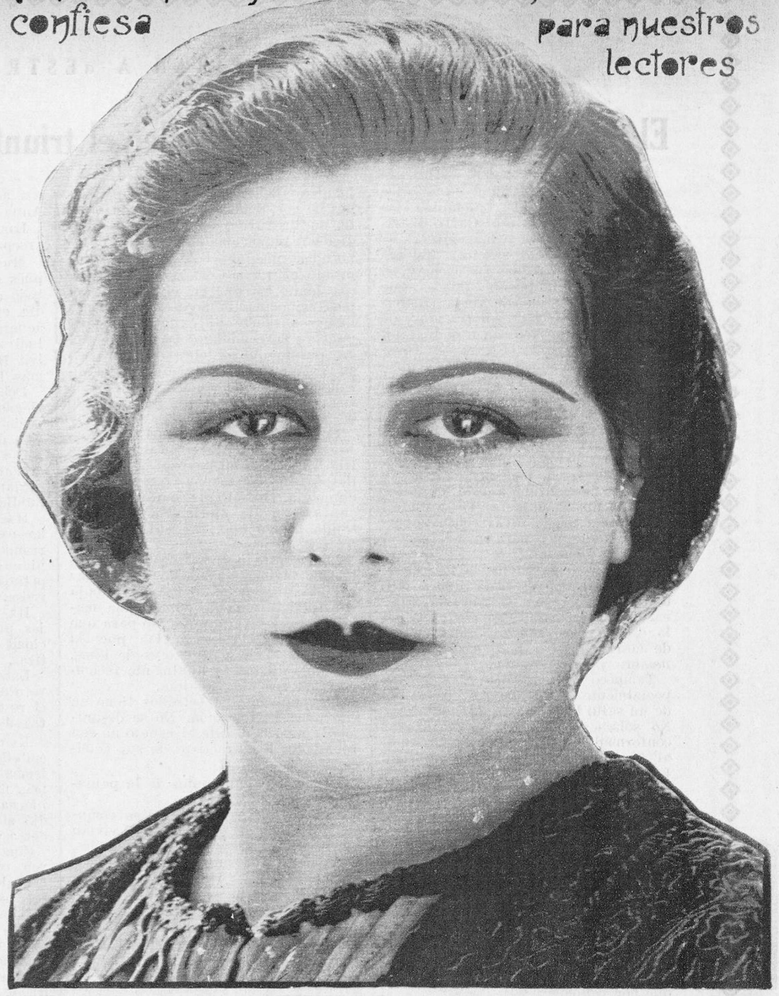
Fué durante su actuación en esta obra que Anna May se enteró que los directores de Hollywood no la habían olvidado por completo. La Paramount le ofreció un buen contrato y compró los derechos de un cuento de Sax Rohmer—«La hija del dragón»—para la cinta que señaló su regreso a la pantalla norteamericana. Además de esto, los directores han persuadido a Sessue Hayakawa para que regrese a los Estados Unidos a trabajar con ella.

Pasaron varios meses después de firmar su contrato antes que Anna May terminase con sus compromisos teatrales. Luego tomó el primer tren para su hogar. ¡Y qué bienvenida!

La familia, que cuatro años antes se había reunido para despedirla, se hallaba de nuevo en la estación, excepto su madre, que había fallecido. Además, había una multitud de amigos, celebridades de la pantalla y reporters.

Su partida no había significado nada para Hollywood. Pero su regreso era un acontecimiento extraordinario. Tal es la atracción que produce el éxito en el extranjero dentro de Hollywood.

Ana Tur, protagonista de "Sol en la Nieve" se confiesa para nuestros lectores



Nos habíamos citado en la Plaza del Conde de Barajas, 2, donde han sido instalados los nuevos y mejores estudios cinematográficos que poseemos en Madrid hasta la fecha. Oprimimos el timbre de la entrada y salió para recibirnos el conserje, modesto y agradable, bajo su uniforme azul con galones de plata. Tras una ligera reverencia, como por arte de magia, nos encontramos, a los pocos minutos, en el «plateau», donde Arroyo, que es uno de los operadores buenos de España, hacía malabares artísticos con las luces y con el lente de la cámara cinematográfica.

Al fondo, y cerca de un suntuoso decorado, obra del popular y magnífico escenógrafo Mignoni, Ana Tur, maquillada para su trabajo, esperaba el momento de rodar. Pero, al tener noticias de nuestra llegada, comenzó a inquietarse. León Artola, autor y «meteur en scène» de la película, tuvo la gentileza de presentarnos a ella. Y he aquí, querido lector, todo cuanto nos dijo, en tu obsequio:

—¿Cómo fué para dedicarse al cine?—la preguntamos.

—Desde muy chiquita sentí una afición loca. Mis deseos se resumían en esto: hallar un director que me llevara ante el objetivo. Me dediqué a buscarlo, sin descanso. Vano esfuerzo, porque cada día que pasaba me iba separando más de la oportunidad. Era imposible. Alguien me presentó a León Artola, y, después de un examen concienzudo tuve la suerte de trabajar en su film «El pollo pera». A partir de este debut hice «La del Soto del Parral», «El suceso de anoche», etc. Todos ellos, como puede suponerse, silenciosos.

—¿Qué roles interpreta usted con más cariño?

—Los dramáticos; se adaptan mejor a mi temperamento y me hacen, a veces, creer que estoy viviendo un trozo de mi propia vida.

—¿Quién tiene más responsabilidad ante el público, el artista o el realizador?

—El realizador, siempre.

—Y si el asunto filmado obtiene un ruidoso triunfo, ¿quién se lleva los aplausos?

—El artista.

—¿Cree que llegaremos a tener en España buenos estudios y trabajo abundante?

—Es preciso, para ello, que el Gobierno nos ayude con una ley de protección a nuestra industria. La misma que tienen los demás países.

—Entonces ¿nos acariciará el éxito?

—Sí, porque contamos con valores.

—¿A qué artista universalmente conocido admira usted?

—A Charles Chaplin.

—¿El mejor film de estos últimos meses?

—«Remordimiento», aunque tiene una falta grave que a los españoles no hubieran perdonado jamás los mismos españoles.

—¿Qué la hubiera gustado ser de no dedicarse al cine?

—Diputado, como Victoria Kent.

—¿Ha tenido usted miedo alguna vez?

—Sí, pero no les cuento ahora el episodio, porque es muy largo.

—¿La ambición más grande de su vida?

—Triunfar definitivamente en este arte.

—¿Cómo es su tipo de hombre?

—Yo nunca me fijo en la «fachada», sino en sus sentimientos.

—De no haber nacido mujer, ¿cuál hubiera sido su profesión?

—Capitán de barco.

—¿Qué es lo que más le interesa de un estudio cinematográfico?

—El micrófono.

—¿Ha llorado alguna vez para el cine?

—Para él, no; por él, sí.

—¿Qué haría, siendo millonaria?

—Fundar muchos centros benéficos para los desgraciados.

—¿En qué gasta el dinero que gana?

—En un chalet que estoy construyendo. Cada vez que termino una película pongo un ladrillo.

—¿Cuál es su mayor defecto reconocido?

—Tengo un genio atroz.

—¿Qué le interesa más, el deporte o la literatura?

—Lo último.

—¿La música, o el viaje?

—Las dos cosas.

—¿Le gustaría trabajar en Hollywood?

—Prefiero hacerlo en mi patria.

León Artola, después de permanecer hondamente pensativo, en un rincón, lanza un grito:

—¡Luz! ¡Cierren las puertas! ¡Silencio, por favor!

Y los muñecos, movidos a su capricho, fueron tejiendo con el hilo maravilloso de la inteligencia el encaje original de aquella farsa.

Así terminó, en los estudios de la Plaza del Conde de Barajas, número 2, nuestra charla con la gentil Ana Tur, primera figura de la cinematografía española.

MARIO ARNOLD

En el restaurant de la M. G. M., Maureen O'Sullivan se sirve a sí misma una taza de café antes de empezar su labor en el escenario sonoro

Ustedes no lo creerán. Sin embargo, existe una bolsa de autógrafos en Hollywood y nadie se extraña de que pasando ante ciertos restaurantes, se oiga decir estas palabras:

—¿Cuánto quieres por Bable?

—Te ofrezco tres dólares por Shearer.

—Aquí se pide una Dietrich por una Gaynor.

—¿A cuánto Gary Cooper?

Es una cosa que para los artistas se ha vuelto horrible. No se trata de admiradores que buscan un precioso recuerdo de su ídolo, sino una manera muy sencilla de ganarse la vida.

La caza de autógrafos ha tomado tal incremento, que es una calamidad para las celebridades, no atreviéndose éstas a sacar más de la nariz fuera de sus casas. Salir para tomar el te o pasear, es un verdadero heroísmo insuperable.

Muchas veces pasan casos casi trágicos. Cierto día, una morenita muy bonita fué asaltada brucamente por una multitud, que la tomó por Dolores del Río. Gracias a su picardía supo deslizarse entre una legión de «stylos» que a ella seguramente le parecían cuchillos afilados.

Los «cazadores» llegan a ser tan «sans-gene» que la justicia tiene que intervenir muchas veces. Así que no hay nada de extraordinario que las estrellas quieran «disfrazarse» para pasar inadvertidas. Durante largo tiempo, Ann Harding logró vivir de incógnito, usando una peluca de color negro. Norma Shearer ha renunciado a llevar el «Rolls» de su marido y se mete en un «Ford» centenario. Ahora ya no son suficientes las gafas negras de Greta, y ella misma está buscando otra solución para pasar inadvertida. Basta recordarle a Joan Crawford los «cazadores», para que su semblante mude de color.

—No me hablen de ellos. Cuando me embarqué para ir a Europa, lucía un magnífico boá de plumas nuevas que era mi orgullo. Cuando llegué al camarote, no quedaba ni una sola pluma. ¡La gente las había arrancado, como recuerdo!